



ACTO II

ESCENA PRIMERA

Una habitación

WALLENSTEIN, OCTAVIO PICCOLOMINI; luégo MAX

WALLENSTEIN

ME escribe desde Linz que está enfermo, cuando sé positivamente que se halla escondido en casa del conde Gallas, en Frauenberg. Á ambos debes prender y traérmelos aquí. Toma el mando de los regimientos españoles; te entenderás en hacer siempre preparativos, sin hallarte nunca pronto. Si intentan forzarte á obrar contra mí, muéstrate dispuesto, y continúa sin hacer nada. Entiendo que este partido es el que más conviene á tu carácter, porque bien querrás salvar las apariencias. Como no se hicieron para ti las resoluciones extremas te elegí ese papel: tu inacción me será esta vez utilísima. Si en esto la suerte se decide en favor mío, ya sabes lo que te toca hacer. (*Sale Max.*) Ahora vé, mi

buen amigo, parte esta misma noche; toma mis propios caballos. No hay que alargar la despedida. Espero que volveremos á vernos, satisfechos y alegres.

OCTAVIO (*á su hijo*).—Tenemos que hablar. (*Vase.*)

ESCENA II

WALLENSTEIN, MAX PICCOLOMINI

MAX (*acercándose á él*).—Mi general!

WALLENSTEIN.—Ya no lo soy, si te llamas todavía oficial del Emperador.

MAX.—Entonces es cosa resuelta; queréis abandonar el ejército?

WALLENSTEIN.—He renunciado al servicio del Emperador.

MAX.—¿Y queréis abandonar el ejército?

WALLENSTEIN.—Todo lo contrario. Espero atarlo á mi fortuna con lazos más estrechos y durables. (*Se sienta.*) Sí, Max; no quise franquearte mi secreto hasta el momento de ponerlo en acción. Los jóvenes soléis tener un instinto certero y rápido, y es grato obedecer al propio juicio cuando se trata de dar honroso ejemplo. Mas, cuando hemos de elegir entre dos males igualmente positivos, en que el corazón ha de salir vencido en la lucha por el deber, gran dicha es no haber de elegir, y singular favor la necesidad... Esta existe en nuestro caso... No vuevas la vista atrás; sería inútil, mira hacia delante. No juzgues; disponte á obrar; la corte ha resuelto perderme, y acudo á prevenirme... Vamos á alirnos con los suecos: valientes soldados y magníficos aliados. (*Se detiene, aguardando la respuesta de Piccolomini.*) ¡Te sorprende!... ¡No me contestes!... quiero que te tomes tiempo para serenarte.

(*Se levanta y se dirige al foro. Max permanece largo rato inmóvil, sumido en violento dolor, y á un gesto suyo, Wallenstein vuelve á ponerse delante de él.*)

MAX.—Mi general, hoy me emancipáis de vuestra tutela, porque, hasta hoy, me evitabais el pesar de elegir mi camino. A todas partes os seguía sin condiciones; me bastaba miraros, para estar seguro de caminar por la buena senda. Hoy por primera vez me ponéis en el caso de apelar á mi propia conciencia y de elegir entre ella y vos.

WALLENSTEIN.—Hasta hoy, Max, mecido por la fortuna, pudiste cumplir, como jugueteando, tus deberes, entregarte á tus nobles impulsos, y obrar con entero corazón. Hoy ya no es posible. Dos caminos opuestos se abren á tu vista; los deberes combaten contra los deberes. Fuerza es tomar partido en la guerra que arde entre tu amigo y el Emperador.

MAX.—¡La guerra! ¿Este es el nombre que le conviene, por ventura? La guerra es temible, como azote de Dios; pero como todo azote, puede ser justa y útil. ¿Es justa la guerra que haréis al Emperador con sus propias armas?... Ah Dios mío! ¡qué mudanza! Hablaros yo así á vos!... á vos, que fuisteis como mi estrella polar, fija é invariable!... ¡el dechado de mi vida! ¡Ah, qué modo de desgarrarme el corazón!... ¡Cómo renunciaré á ver encarnado en vuestro nombre mi arraigado respeto! Cómo perder la santa costumbre de la obediencia!... No volváis el rostro: fué siempre para mí como la faz de Dios mismo, y no puede perder de un solo golpe su influjo. Mi alma se liberta con sangrientos esfuerzos, pero aún detiene mis sentidos el anti-guo lazo.

WALLENSTEIN.—Oye, Max.

MAX.—¡Ah! no lo hagáis! ¡no lo hagáis por Dios!... Ved; tan fatal resolución no se ha impreso aún en vuestra noble y pura fisonomía, no; sólo la imagina-

ción ha contaminado.... La inocencia rehusa abandonar vuestra frente donde resplandece el honor... ¡Oh! alejad tan negro proyecto, enemigo de vuestra tranquilidad... Fué una pesadilla que vino á perturbar vuestra austera virtud: á esas pasajeras sugestiones vivimos sometidos, pero el ánimo generoso ha de saber sojuzgarlas. No acabaréis así; esto sería infamar en faz de los hombres á los grandes caracteres, á las naturalezas poderosas; esto sería dar la razón al vulgo que desconfía siempre de ellas cuando libres, y sólo deja de temerlas cuando impotentes.

WALLENSTEIN.—El mundo me condenará severo; lo sé. Ya me he dicho cuánto podía decirme. ¿Quién no rehusaría la violencia, cuando puede prescindir de ella? Pero aquí no queda alternativa: ó usarla, ó soportarla. A este punto he llegado.

MAX.—Pues bien, sea. Conservad vuestro puesto á mano armada; resistid al Emperador, y puesto que es forzoso, declaraos en abierta rebelión. Ya que no pueda aplaudirlo, he de excusarlo, y aunque lo censure me asociaré á vuestra conducta... Pero no seáis traidor... he pronunciado la palabra... no seáis traidor... Porque ya no es un arrebato, ya no es una falta cometida por la exacerbación de las pasiones, no, es algo distinto, una acción negra, negra como el infierno.

WALLENSTEIN (*sombrio y reprimiéndose*). — ¡Con qué ligereza hablan los jóvenes, y pronuncian frases que deben manejarse con la prudencia del filo de una espada! Con su ardiente imaginación miden las cosas que no están todavía á su alcance, y usan las palabras de bien y mal, dignidad y oprobio, como si tal cosa, y aplican á los hombres y á sus actos las ideas fantásticas que ocultan esos conceptos imponentes! La inteligencia es vasta, Max, pero el mundo es estrecho. Las ideas cohabitan fácilmente, sin embarazarse, una junto á otra; pero en el mundo real las cosas chocan entre

sí, y para que una ocupe su lugar, es forzoso que otra se retire. Quien no quiere ser rechazado, debe rechazar á los demás; la lucha es la suprema ley, y la victoria pertenece á la fuerza. Sí; en buen hora logrará mantenerse puro en puro elemento y habitar entre tenues llamas como la salamandra, quien cruza el camino de la vida sin deseos, sin dirigirse á un término, pero á mí naturaleza me sacó de más ruda astilla; la ambición me encadena á la tierra, y la tierra es patrimonio del espíritu del mal, no del bien. Cuantos dones debemos al cielo, comunes son á todos; su luz nos alegra, mas no nos enriquece, y nadie adquiere de ellos posesión; pero el oro y las piedras preciosas hay que arrancarlas á las falsas y perversas divinidades que habitan en el seno de la tierra. Sólo con sacrificios se muestran propicias, y no hay mortal que salga de la lucha conservando su pureza.

MAX (*con expresión*).—¡Ah, temed, temed á esas falsas divinidades, infieles á su palabra! ¡Falaces espíritus que os arrastran al abismo con artificiosas mentiras!... ¡Ah, no os fiéis de ellas, os repito!... Volved al camino del deber... ¡Sí!... os será posible todavía; mandadme á Viena... Dejadme negociar la paz con el Emperador... No os conoce bien, pero os conozco yo, y sabrá veros á través de mis ojos y renacerá su confianza.

WALLENSTEIN.—Es tarde ya. Tú ignoras lo ocurrido.

MAX.—Si han llegado las cosas á tal punto que sólo el crimen pueda preservaros de la ruina, caed al menos dignamente como habéis vivido hasta ahora. Dejad el mando; abandonad el campamento. Puesto que podéis hacerlo con gloria, sea también con inocencia; ya que tanto vivisteis para los demás, vivid, en fin, por vos; yo os acompañaré; yo encadenaré mi suerte á la vuestra.

WALLENSTEIN.—Es tarde. Mientras hablas tú inútil-

mente, mis rápidos mensajeros vuelan hacia Praga y Egra. Ponte de mi lado; hacemos lo que debemos, y marchamos con dignidad y paso firme y seguro por el camino de la necesidad. ¿En qué soy yo más culpable que el gran César cuyo nombre resuena aún por el universo entero? Contra la misma Roma dirigió aquellas legiones que de Roma había recibido para su defensa. Si hubiese soltado la espada, estaba perdido, como lo estaría yo actualmente. Siento en mí algo de su genio. Protéjame como á él la fortuna, y me encargo del resto.

(*Max, que hasta aquí ha sido víctima de viva agitación, se va rápidamente. Wallenstein le contempla sorprendido, y queda absorto en sus pensamientos.*)

ESCENA III

WALLENSTEIN.—TERZKY; luego ILLO

TERZKY.—¿Estabas hablando con Max?

WALLENSTEIN.—¿Dónde está Wrangel?

TERZKY.—Se fué.

WALLENSTEIN.—¿Tan pronto?

TERZKY.—¡Como si lo hubiese tragado la tierra! Apenas te dejé, fui en su busca para hablarle, y ya se había marchado, sin que nadie pudiera decirme dónde estaba. Creería que es el diablo en persona; un hombre no puede evaporarse así tan de repente.

ILLO (*saliendo*).—¿Es verdad que has fiado una comisión al padre?

TERZKY.—¡Cómo! ¡á Octavio! ¿En eso piensas?

WALLENSTEIN.—Va á Frauenberg al frente de los regimientos españoles é italianos.

TERZKY.—Dios quiera que no realices este proyecto.

ILLO.—¿Piensas en confiar las tropas á ese pérfido y permites que se aleje en el momento decisivo?

TERZKY.—¡No lo hagas, por Dios, no lo hagas!

WALLENSTEIN.—¡Vaya que sois singulares!

ILLO.—Atiende á mi consejo, siquiera una vez; no le dejes partir.

WALLENSTEIN.—¿Y por qué no fiaré en él esta vez como todas? ¿Qué ha pasado que destruya la buena opinión en que le tengo? No sé que deba mudar mi sentir con respecto á él, según quiera vuestro capricho. ¡Si creeréis que soy voluble como una mujer! Cabalmente porque he fiado en él hasta hoy, quiero seguir fiándome de él hoy.

TERZKY.—Mas ¿por qué comisionarle á él? Que vaya otro.

WALLENSTEIN.—No. Ha de ser Octavio, y basta. Es el más apto. Por esto le elegí.

ILLO.—No, sino porque es italiano.

WALLENSTEIN.—Ya sé que nunca tuvisteis gran afición al padre ni al hijo. Como sabéis que los estimo y quiero, y los prefiero ostensiblemente á vosotros, los celos os ciegan; ¿pero á mí qué me importan vuestros celos? ¡Que los odiáis! Bueno; no por esto desmerecerán á mis ojos. Amaos ó aborreceos como gustéis; á todos dejo en libertad para sentir lo que gusten, mas yo conozco perfectamente la valía de cada uno de vosotros.

ILLO.—Pues yo te juro que no saldrá, así deba romper su carruaje.

WALLENSTEIN.—Modérate, Illo.

TERZKY.—Mientras estuvo aquí Questenberg, le acompañó constantemente; no se dejaron un minuto.

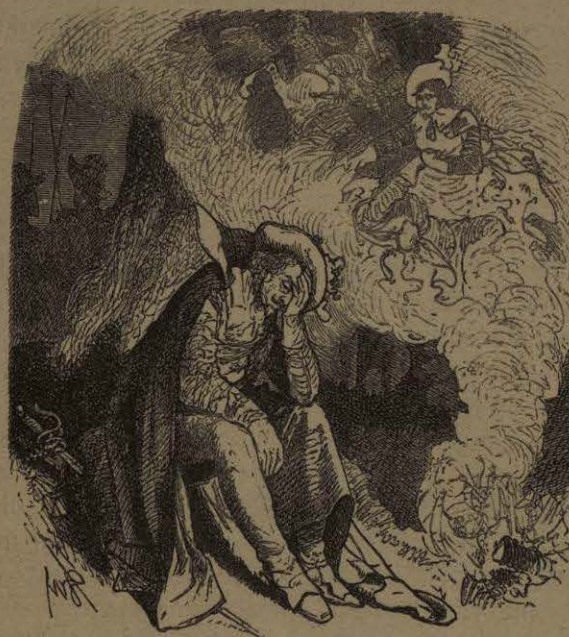
WALLENSTEIN.—Lo sabía y lo permitía.

TERZKY.—¡Y los mensajes secretos que recibió de Gallas!... ¿sabes esto?

WALLENSTEIN.—Esto es falso.

ILLO.—¡Oh qué ciego estas, á pesar de tu perspicacia!

WALLENSTEIN.—No derribaréis mi confianza, porque se basa en la más alta ciencia. Si me engaña él, la astrología es una mentira. El destino me dió una prenda segura de la fidelidad de Octavio.



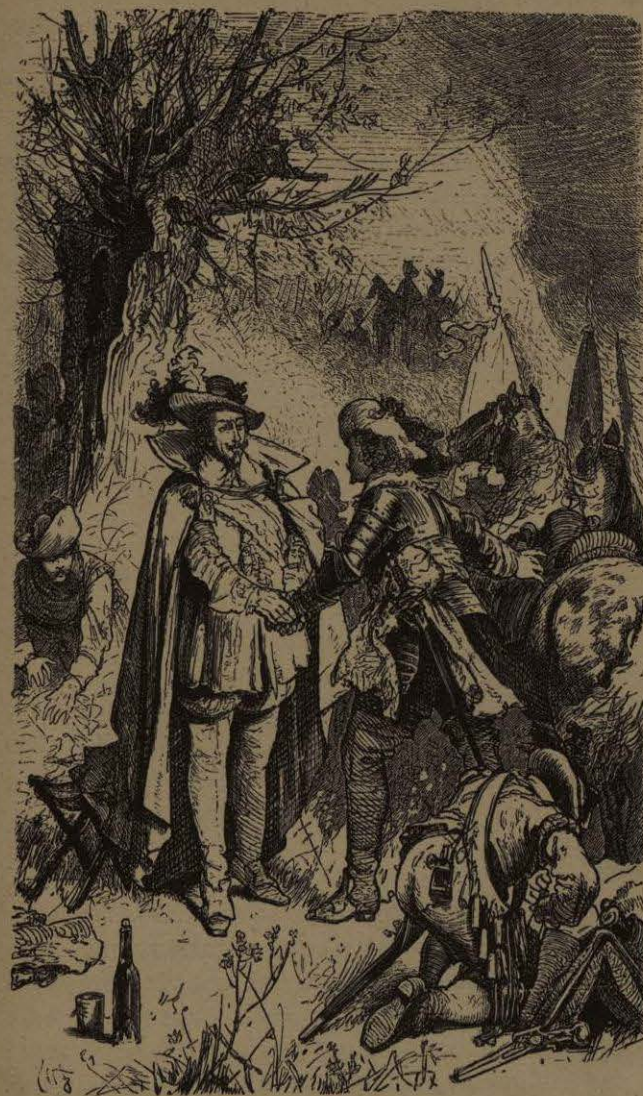
ILLO.—¿Y quién responde de que esa prenda no te engaña?

WALLENSTEIN.—Hay momentos en la vida del hombre que le acercan al espíritu que lo gobierna, y durante los cuales puede interrogar al acaso. En uno de esos momentos, la víspera de la batalla de Lutzen, y después de anochecido, me hallaba pensativo y recostado en un árbol contemplando con errante mirada la llanura. Brillaban á lo lejos con siniestro resplandor á través de la niebla las hogueras del campamento, y

sólo interrumpía el silencio el grito monótono de los centinelas y el sordo rumor de las armas. En aquel punto, mi vida entera, con su pasado y su porvenir, discurría por delante de mi vista; mi espíritu soñador se complacía en atar á los próximos sucesos del día siguiente los más lejanos y futuros. Y me decía á mí mismo: «¡Cuántos hombres, sujetos á tu mando! Como sobre un número de la lotería, pusieron su fortuna sobre tu cabeza; se embarcaron contigo en la nave de la suerte. Y no obstante, si un día esta los dispersara, ¡cuán pocos permanecerían fieles á ti!... Esto quisiera saber: ¿cuál de ellos, entre cuantos encierra este campamento, será el más fiel? Dámelo á conocer por un signo ¡oh hado! Sea el primero que mañana por la mañana me dé una prueba de adhesión.» Y me dormí pensando en esto, y soñé: soñé que me hallaba entre el fragor de la batalla, cuando una bala mató á mi caballo, y vine al suelo. Jinetes y caballos pasaron sobre mí sin concederme siquiera una mirada compasiva; yacía en tierra ahogado, moribundo, pisoteado. De pronto acude en mi auxilio un brazo poderoso; era Octavio. Despierto, era ya de día, miro: Octavio estaba ante mí. «Hermano—me dijo—no montes hoy el caballo pío que acostumbras, sino éste que he elegido para ti. Hazlo por el cariño que me tienes; un sueño me ha sugerido esta idea.» Y á la velocidad del caballo que me dió debí el escapar á los dragones de Bannier, que me perseguían. En cambio, mi primo montó aquel día el que yo solía montar y no he vuelto á ver ni al caballo ni al jinete.

ILLO.—¡Pura casualidad!

WALLENSTEIN (*con gravedad*).—La casualidad no existe; cuanto nos parece ciego y fatal proviene directamente de las más profundas causas. Tengo la seguridad de que Octavio es mi ángel bueno; ahora, ni una palabra más. (Se retira.)



WALLENSTEIN.—Hermano—me dijo—no montes el caballo...

TERZKY.—Consuélame ver que nos queda Max en rehenes.

ILLO.—Y éste no saldría vivo de aquí.

WALLENSTEIN (*volviendo*).—Sois como las mujeres que vuelven siempre á lo mismo tras haberles hablado en razón durante horas enteras. Las acciones y pensamientos humanos no son como las olas del mar que se agitan fatalmente; parten de un mundo interior, y manan de él como de profunda mina; su desenvolvimiento necesario es como el de los árboles, sin que pueda desnaturalizarlo la suerte. He penetrado hasta el fondo del alma humana, y conozco perfectamente sus voluntades y acciones. (*Vanse.*)

ESCENA IV

Aposento en la casa de Piccolomini

OCTAVIO PICCOLOMINI, dispuesto á partir.—Un AYUDANTE

OCTAVIO.—¿Están en sus puestos los hombres que ordené?

EL AYUDANTE.—Abajo esperan.

OCTAVIO.—¿Es gente de fiar, verdad? ¿De qué regimiento son?

EL AYUDANTE.—Del de Tiefenbach.

OCTAVIO.—Este es fiel. Que aguarden tranquilamente en el patio trasero, y que no salgan hasta que suene la campana. Entonces cerraréis la puerta y la custodiaréis, y quedará preso todo el que se halle dentro. (*Vase el Ayudante.*) Cierto que no creo necesitar sus servicios, porque estoy seguro de mi cálculo. Pero se trata de servir al Emperador, y el juego es de importancia, con que vale más pecar por exceso de precauciones.

ESCENA V

OCTAVIO.—ISOLANI

ISOLANI.—Aquí estoy. ¿Ha de venir alguien más de los nuestros?

OCTAVIO (*con misterio*).—Antes, una palabra, conde Isolani.

ISOLANI (*también con misterio*).—¿Se da el golpe? ¿Está decidido el príncipe? Fíad en mí. Ponedme á prueba.

OCTAVIO.—Podría ser.

ISOLANI.—Camarada, no soy de los que hablan mucho, y luégo se escurren llegado el momento. El duque se portó conmigo como bueno. Dios lo sabe; se lo debo todo. Puede contar con mi fidelidad.

OCTAVIO.—Esto hemos de ver.

ISOLANI.—Pero, estad sobre aviso, porque no todos piensan como yo. Muchos hay que son todavía partidarios de la corte y que opinan ser nulas y de ningún valor las firmas arrancadas por sorpresa poco há.

OCTAVIO.—Decidme sus nombres.

ISOLANI.—¡Por vida! Todos los alemanes son de ese parecer... También Sterhazy, Kaunitz, Deodati, declaran ahora que es fuerza obedecer á la corte.

OCTAVIO.—Me alegro.

ISOLANI.—¡Cómo que os alegráis!

OCTAVIO.—Sí; me place ver que el Emperador cuenta con tan buenos amigos y bravos servidores.

ISOLANI.—No os chanceéis, amigo, que no es gente para poco.

OCTAVIO.—Cierto que no. Dios me libre de tomarlo á chanza. Me place sinceramente ver tan fuerte la buena causa.

ISOLANI.—¡Diablo!... ¿Qué significa esto?... ¿No sois vos?... Entonces, ¿á qué he venido yo?

OCTAVIO.—Á declarar lisa y francamente si queréis ser amigo ó enemigo del Emperador.

ISOLANI (*con altivez*).—Contestaré á quien tenga derecho á preguntármelo.

OCTAVIO.—Este papel os dirá si tengo ese derecho.

ISOLANI.—¡Cómo!... ¡el sello y la firma del Emperador! (*Leyendo*). «Todos los jefes de nuestro ejército obedecerán á las órdenes de nuestro fiel y muy amado »teniente general Octavio Piccolomini, como á nuestra propia persona.» ¡Ah!... realmente... Sí... señor general, os felicito.

OCTAVIO.—¿Os sometéis á esa orden?

ISOLANI.—¿Yo?... ¡Así tan de sorpresa! Supongo que me acordaréis algún tiempo para reflexionar.

OCTAVIO.—Dos minutos.

ISOLANI.—¡Por Dios!... me parece que el asunto es...

OCTAVIO.—Muy claro y sencillo. Se trata de saber si queréis hacerle traición á vuestro soberano, ó servirle fielmente.

ISOLANI.—¿Hacerle traición?... ¿Quién habló de hacerle traición?

OCTAVIO.—He aquí los hechos: El príncipe es un traidor, y quiere pasarse con su ejército al enemigo. Hablad, pues, llanamente y sin demora. ¿Sois perjuro? ¿queréis venderos al enemigo?... Decid.

ISOLANI.—¡Qué ocurrencia!... Faltar yo á mi juramento al Emperador!... ¿He dicho esto? ¿Cuándo he dicho esto?

OCTAVIO.—Nada habéis dicho todavía, es verdad. Aguardo lo que digáis.

ISOLANI.—Observad una cosa que me complace. Vos mismo sois testigo de que no he dicho nada que se le parezca.

OCTAVIO.—Quedamos, pues, en que os separáis del príncipe.

ISOLANI.—¡ Si urdió una traición!... La traición rompe todo lazo.

OCTAVIO.—¿ Estáis resuelto á combatir contra él?

ISOLANI.—Se portó conmigo muy generosamente; pero si es traidor, castíguele el cielo. Queda saldada nuestra cuenta.

OCTAVIO.—Celebro que os resignéis sin oposición. Esta misma noche saldréis de aquí al frente de las tropas ligeras... como si la orden partiera del duque. El punto de reunión es Frauenberg; allí recibiréis de Gallas nuevas instrucciones.

ISOLANI.—Está bien. Acordáos de recomendarme al Emperador. Deseo que le conste que me hallasteis bien dispuesto.

OCTAVIO.—Elogiaré vuestra conducta. (*Vase Isolani. Sale un criado.*) ¡ El coronel Buttler! Bien.

ISOLANI (*volviendo*).—Excusad, mi viejo camarada, mis modales. ¡ Dios! ¡ Quién podía figurarse que se la había con tan gran personaje!

OCTAVIO.—Bien, bien.

ISOLANI.—Soy, aunque viejo, algo alegre de cascos. Si con el calor del vino se me escapó alguna frasecilla contra la corte, conste que fué sin mala intención.

(*Vase.*)

OCTAVIO.—Cuanto á eso, tranquilizáos. Todo pasó... ¡ Ojalá tenga tan buena mano con el otro!

ESCENA VI

OCTAVIO PICCOLÒMINI, BUTTLER

BUTTLER.—A la orden, general.

OCTAVIO.—Bien venido, mi digno camarada y excelente amigo.

BUTTLER.—Mucho me honráis.

OCTAVIO (*después de haberse sentado ambos*).—Ayer no respondisteis á algunas insinuaciones mías, considerándolas sin duda vana fórmula de cumplido. Mi deseo era, sin embargo, muy serio y partía del corazón, porque estamos en unos tiempos en que los buenos deben unirse estrechamente.

BUTTLER.—Sí, pero sólo cabe alianza entre los que son de un mismo parecer.

OCTAVIO.—Siempre fueron de un mismo parecer los buenos. Para juzgar á los hombres sólo atiendo á los actos que realizan libremente á impulsos de su propio carácter; con frecuencia arrastran á los mejores fuera del buen camino la violencia y la preocupación... Pasasteis por Frauenberg... ¿ nada os confió el conde Gallas? Hablad claro; es mi amigo.

BUTTLER.—Sólo me insinuó algo.

OCTAVIO.—Lo siento; sus consejos hubieran sido muy buenos, y me veo obligado á darlos.

BUTTLER.—Excusad tal molestia, y á mí el embarazo de mostrarme indigno de la opinión que os merezco.

OCTAVIO.—Los momentos son preciosos. Hablemos francamente. Ya sabéis á qué punto han llegado las cosas. El duque proyecta una traición; más puedo decir: la ha ejecutado ya. Hace algunas horas firmó el tratado de alianza con los enemigos y salieron correos de gabinete para Egra y Praga. Mañana quieren llevarnos al campamento enemigo. Pero el duque se engaña, porque la prudencia vela por el Emperador, y éste cuenta aún con amigos fieles que forman una liga poderosa, aunque ignorada. Semejante acto condena al duque á la proscripción, exime á las tropas de la obediencia y agrupa á mis órdenes á todos los hombres de buena voluntad. Ahora, elegid: ¿ queréis defender á nuestro lado la buena causa, ó compartir con él la suerte de los malvados?

BUTTLER.—Su suerte será la mía.

OCTAVIO.—¿Esta resolución es irrevocable?

BUTTLER.—Sí.

OCTAVIO.—Meditadlo, coronel; todavía es tiempo. La frase que habéis pronunciado con harta precipitación, queda sepultada en mi pecho. Recogedla, si queréis; elegid mejor partido, porque ese no es bueno.

BUTTLER.—¿Tenéis algo más que mandarme?

OCTAVIO.—¡Pensad en vuestras canas!... ¡Retroceded!

BUTTLER.—Quedad con Dios.

OCTAVIO.—¿Con que vais á desenvainar vuestra leal espada? ¿Trocaréis por la maldición la gratitud del Austria por vuestros cuarenta años de fidelidad?

BUTTLER (*con amarga sonrisa*).—¿La gratitud del Austria!

(*Hace que se va. Octavio le deja llegar hasta la puerta y luego le llama.*)

OCTAVIO.—¡Buttler!

BUTTLER.—¿Qué queréis?

OCTAVIO.—¿Me diréis qué pasó con lo del condado?

BUTTLER.—¿Con el condado?... ¿Qué?

OCTAVIO.—Sí, me refiero al título de conde que vos...

BUTTLER (*colérico*).—¡Ah!... ¡Mil rayos!

OCTAVIO (*friamente*).—Parece que lo solicitasteis y os lo negaron.

BUTTLER.—No me insultaréis impunemente. ¡En guardia!

OCTAVIO.—Envainad vuestra espada, y contadme tranquilamente cómo fué. No he de rehusaros después una satisfacción.

BUTTLER.—Sea. Sepa el mundo mi flaqueza, que no me perdono. Sí, general; yo soy ambicioso, y en mi vida he podido soportar el desprecio. Me lastima en el alma que en el ejército merezcan mayor considera-

ción el abolengo y los títulos que el mérito personal, y no paso de ningún modo por que se me trate peor que á mis iguales. En mal hora cedí á la tentación. ¡Era una locura, lo sé, mas no merecía expiarla tan duramente. Bastaba una negativa. ¿Por qué hacerla más cruel con el insulto y el desprecio? ¿por qué pisotear con amargas burlas á un pobre viejo, á un fiel servidor? ¿por qué recordarle tan duramente su baja cuna? Porque tuvo la flaqueza de olvidarla un instante... Pero la naturaleza armó con venenoso dardo al reptil para vengarse del que le aplasta orgulloso.

OCTAVIO.—Seguramente os calumniaron. ¿Adivináis quién pudo haceros tan flaco servicio?

BUTTLER.—¿Qué me importa? Algún miserable cortesano, algún español linajudo que temió, envidioso, verse ofuscado por mis servicios.

OCTAVIO.—Decidme, ¿aprobaba el duque ese paso?

BUTTLER.—Él mismo me indujo á él, é intervino sólicito en mi favor con noble y ardoroso celo.

OCTAVIO.—¿De veras? ¿Estáis seguro de ello?

BUTTLER.—Yo mismo leí la carta.

OCTAVIO.—También yo, pero era de muy distinta naturaleza. (*Buttler se sorprende.*) El acaso la puso en mis manos; podéis enteraros de ella con vuestros propios ojos. (*Le da la carta.*)

BUTTLER.—¿Qué es esto?

OCTAVIO.—Mucho temo, coronel, que se burlaron vergonzosamente de vos. Decís que el duque os movió á presentar vuestra instancia... y en esta carta habla de vos con desdén y aconseja al ministro que castigue vuestra imprudencia, como él la llama. (*Á Buttler, después de haber leído la carta, le flaquean las piernas, y se sienta en una silla.*) Conste, pues, que nadie os quiere mal, ni os persigue otro enemigo que el mismo duque. De él partió la ofensa, y harto se ve su designio: quiso separaros de vuestro emperador y obtener del rencor

lo que nunca consiguiera de vuestra lealtad acrisolada, con ánimo tranquilo. Os convertía en ciego instrumento de sus culpables maquinaciones; por desgracia hartó lo alcanzó.

BUTTLER (*con voz temblona*).—¿El Emperador me perdona?

OCTAVIO.—Hace más: repara la injusta afrenta inferida á un digno soldado, y confirma el favor que con criminal intención os acordaba el príncipe. Vuestro regimiento os pertenece. (*Buttler intenta levantarse, pero cae otra vez desplomado sobre la silla; su agitación le impide hablar: por fin toma la espada y la entrega á Piccolomini.*) ¿Qué hacéis?... Serenaos.

BUTTLER.—Tomad.

OCTAVIO.—¿Por qué?... Serenaos repito.

BUTTLER.—Tomad esta espada; ya no soy digno de ceñirla.

OCTAVIO.—Recíbidla de nuevo de mi mano, y servíos de ella para defender la buena causa.

BUTTLER.—Hice traición al Emperador, tan bueno y generoso para mí.

OCTAVIO.—Reparad vuestra falta; separaos del duque.

BUTTLER.—¡Separarme de él!

OCTAVIO.—¡Cómo!... ¿En qué estáis pensando?

BUTTLER (*con acento terrible*).—¡Sólo separarme de él!... Morirá.

OCTAVIO.—Seguidme á Frauenberg, donde todos los súbditos fieles se reúnen con Gallas y Altringer. Á muchos otros traje de nuevo á su deber, y esta noche salen de Pilsen.

BUTTLER (*hondamente conmovido, se adelanta hacia Octavio mirándole de hito en hito*).—Conde Piccolomini, el hombre que ha violado su fe, ¿puede hablaros de honor?

OCTAVIO.—Puede, si se arrepiente con alma entera.

BUTTLER.—Pues bien; dejadme aquí, bajo mi palabra de honor.

OCTAVIO.—¿Qué estáis tramando?

BUTTLER.—Dejadme aquí con mi regimiento.

OCTAVIO.—Fío en vos; pero decidme qué os proponéis:

BUTTLER.—Los hechos lo dirán. Por de pronto, no queráis saber más. Bien podéis fiar en mí, ¡Mil rayos! No lo confiáis precisamente á su ángel bueno. Adiós.

(*Vase.*)

UN CRIADO (*trayendo un billete*).—Un desconocido traje este billete y ha desaparecido. Los caballos del príncipe aguardan á la puerta.

(*Vase.*)

OCTAVIO.—«Procurad salir cuanto antes. Vuestro fiel Isolani.» ¡Ah, qué ganas tengo de dejar esta ciudad! Naufragar á la vista del puerto! Partamos, partamos. Aquí no estoy ya seguro. ¿Pero, dónde está mi hijo?

ESCENA VII

LOS DOS PICCOLOMINI.—Max, vivamente agitado, ceñudo, extraviados los ojos, con paso inseguro, al parecer sin ver á su padre, que le contempla de lejos compasivo. Se adelanta á grandes pasos, se detiene de nuevo, y luego se echa sobre una silla, fija é inmóvil la mirada.

OCTAVIO (*acercándose á él*).—Hijo mío... yo parto. (*Su hijo no contesta. Le toma la mano.*) Hijo mío, adiós.

MAX.—¡Adiós!

OCTAVIO.—Pronto me seguirás.

MAX.—¡Seguiros yo!... Vuestro camino es tortuoso, y no es el mío. (*Octavio retira la mano y retrocede.*) ¡Oh! A ser vos más leal y sincero, las cosas no hubieran llegado á este punto, y serían muy otras. No hubiera tomado él su terrible decisión; los buenos conservaran todavía su imperio, y no hubiese caído en las redes

de los malos. ¿Por qué os deslizasteis secretamente y con astucia detrás de él para espiarle, á guisa de ladrón ó malhechor? ¡Fatal falsedad, madre de todos los males! tú nos arrojas á la desolación, tú nos pierdes, cuando la noble verdad, protectora de los hombres, nos hubiera salvado. Ah padre mío!... no puedo disculparos... no puedo. El duque me engañó cruelmente, muy cierto, pero vos no obrasteis algo mejor que él.

OCTAVIO.—¡Hijo mío! perdono á tu aflicción estas palabras.

MAX (*levantándose y contemplándole con expresión de sospecha*).—¿Será posible, padre mío? Obrasteis acaso con deliberado designio? Porque la verdad es que sobre su caída se funda vuestra elevación. ¡Qué pena me causa esto!

OCTAVIO.—¡Dios del cielo!

MAX.—¡Ay de mí! ¡Cómo se trueca la naturaleza á mis ojos y se hinca la sospecha en mi alma, tan feliz hasta hoy! Confianza, esperanza, fe... ¡todo se ha perdido, puesto que todo me engañó!... Pero no... no todo. Ella vive aún, ¡ella, todo verdad y pureza como el cielo! En todas partes reina la traición y la hipocresía, el asesinato, el veneno, el perjurio y la falsedad; nuestro amor es el único sentimiento puro, el único santuario no profanado todavía.

OCTAVIO.—Sígueme, Max... es lo mejor.

MAX.—¡Qué! ¿sin darle el último adiós?... Jamás.

OCTAVIO.—Excusa el dolor de una separación necesaria. Ven conmigo, hijo mío. (*Quiere llevarselo.*)

MAX.—No quiero, como hay Dios.

OCTAVIO (*insistiendo*).—Vente; tu padre te lo manda.

MAX.—Mandadme lo que sea humanamente posible. Yo me quedo.

OCTAVIO.—Sígueme; en nombre del Emperador.

MAX.—El Emperador no manda en mi corazón.

¿Queréis arrebatarme el único consuelo que me resta: su compasión? ¿He de cumplir cruelmente una resolución ya cruel de suyo? ¿He de esconderme de ella, como si me fugara como un cobarde? Ah no! Quiero que vea mi dolor y sienta mis sollozos y vierta lágrimas por mí. Los hombres son crueles, pero ella es un ángel, y me salvará de la desesperación y verterá el bálsamo de sus consuelos sobre mis mortales heridas.

OCTAVIO.—Mira que no podrás separarte de ella; salva tu virtud.

MAX.—Cesad de hablarme en vano. Obedezco á la voz de mi corazón, la única que me inspira confianza.

OCTAVIO (*temblando y fuera de sí*).—¡Max! ¡Max! Si ha de herirme tan cruento dolor... si tú, mi propio hijo... mi sangre... no quiero pensarlo... si fueras tú capaz de semejante ignominia, é infligieras tamaña afrenta al honor de mi casa, el mundo vería con espanto y en horrible combate gotear la sangre del padre en la espada del hijo.

MAX.—Otra fuera vuestra conducta, á tener mejor opinión de los hombres. ¡Malditas sospechas! ¡Deploable duda! Todo vacila, todo se hunde cuando cesa la confianza.

OCTAVIO.—Y si confío en ti ¿te será posible siempre seguir tus inspiraciones?

MAX.—Cuando vos no habéis podido sofocar mis impulsos, no ha de poderlo el duque.

OCTAVIO.—¡Oh, Max, ya no te volveré á ver jamás!

MAX.—Jamás indigno de vos.

OCTAVIO.—Yo salgo inmediatamente en dirección á Frauenberg; te dejo para tu defensa los regimientos de Pappenheim, de Lorena, de Toscana y de Tiefenbach, que te aman, y preferirían sucumbir con valor antes que faltar á su jefe y á su juramento.

MAX.—Prometo morir en el combate ó sacarlos de Pilsen.

OCTAVIO.—Adiós, hijo mío!

MAX.—Adiós.

OCTAVIO.—¡Qué!... ni una mirada de afecto, ni un apretón de manos por despedida, cuando marchamos á una guerra cruenta de incierto resultado!... No nos separábamos así otras veces. ¡Entonces, es verdad que he perdido á mi hijo!

(Max se arroja en sus brazos, y ambos permanecen largo tiempo abrazados en silencio. Luégo se va cada cual por diferente lado.)



ACTO III

ESCENA PRIMERA

Habitación de la duquesa de Friedland

LA CONDESA TERZKY.—TECLA.—LA SEÑORITA DE NEUBRUNN; las dos últimas trabajando en la labor

LA CONDESA

NADA tienes que preguntarme, sobrina?... nada absolutamente? Mucho há que aguardo una pregunta... ¿Cómo puedes pasarte tantas horas sin pronunciar su nombre una sola vez? Sin duda te parece ya superfluo mi auxilio ó hallasteis otro medio de comunicaros... Confíesalo: ¿le has visto?

TECLA.—Ni ayer, ni hoy.

LA CONDESA.—¿Sabes algo de él? Nada me ocultes.

TECLA.—Ni una palabra.

LA CONDESA.—¡Y sigues tan tranquila!

TECLA.—Tan tranquila.

LA CONDESA (á la Neubrunn).—Dejadnos solas.

(Vase la Neubrunn.)